

"EL PRISIONERO", DE E. STEIN, O LA EXALTACION DE LOS MUERTOS

Una vez más, la sensibilidad artística capitalina ha tenido la oportunidad de presenciar un espectáculo digno del más preparado auditorio. Ahora, no se ha tratado, como los miércoles del Teatro Presidente, de un concierto sinfónico. Pero como ahí, el local de CAESS, se hallaba abarrotado y el público no tuvo más remedio que convertir cualquier espacio de la sala para acomodarse en él y admirar, sentado en los pasillos, el estreno de "El Prisionero". Eduardo Stein, uniendo inspiración y fatigas, creó su obra artística que el coro de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" se encargó de hacerla expresión.

La primera sensación que obtuve al presenciar el espectáculo, aunque buena, no fue tanto como cuando, a través de una impresión en "cassettes", lo volví a escuchar, más cómodamente, en la casa de un amigo. En esta segunda audición, comprendí algo que no percibí la primera vez. Se me aclaró la profundidad y sentido del "mensaje", así como (por qué no decirlo) algunas fallas que podrían subsanarse. Voy a referirme a ambas cosas en este breve informe.

Se ha dicho de un pueblo hispano que está más dispuesto a morir por la patria que a vivir por ella. Sin querer atribuirme el privilegio de conocer cuáles han sido las últimas intenciones de Eddy Stein con su "prisionero", confieso que la obra me dejó esa misma impresión. El pueblo (esa anarquía de intereses sucios y de necesidades nobles) necesita un muerto, pero no un cadáver. Unos y otros, es decir, las "derechas" y las "izquierdas", trabajan para la "eliminación" del prisionero. Por razones diferentes, ambas facciones no descansan hasta acabar con él. Lo logran. La escenografía, debida a la competencia de Leonel Menéndez, me sugiere la siguiente interpretación: parte del pueblo desea eliminar al prisionero porque "un infame destino" lo hizo indigno de seguir viviendo. Es el caso de quienes buscan en él un cadáver. Pero otra parte del pueblo no piensa así y, aunque sus intenciones tampoco son recomendables, ve en el prisionero el "servicio" que los que han sido suprimidos prestan a la causa. Quieren, pues, no un cadáver sino un muerto. Y éste es su esperanza. La representación teatral termina con la unión de unos y otros en torno al prisionero que ha dejado de serlo, elevado por las manos de todos, exaltación de los muertos, y, por esto, expresando una esperanza: el sacrificio, que este "culpable inocente" ha hecho de su vida, es así reconocido por todos; los une. La admisión de la oblación, el reconocimiento de una vocación de muerto que sirva para "el movimiento de mártir y causa", el haber hallado un voluntario para ser ese muerto que la inmundicia humana necesita, como bandada de zopilotes que se nutre de carroña, es, a la vez, la denuncia de nuestra escasa dignidad y el anuncio de una mejor vida, que sólo puede montarse sobre esos culpables inocentes, que no son los homicidas sino los que tienen hambre. "Jué el hambre y no el homicidio lo que manchó mi pasado".

Sin embargo, "El Prisionero" no es del todo explícito en el mensaje. Creo que es un acierto. Pues no parece que se trata de lavar la mala conciencia de los espectadores, sino, por el contrario, despertar en ellos la perplejidad de una culpa nunca del todo declarada pero, sin embargo, real e ineludible. Cuando el elenco de actores se vuelve sobre nosotros, con sus brazos desnudos, extendidos, inquisidores y con el índice señalándonos agresivamente, nos dice, atrevido, que no sólo ellos desean un muerto. Que somos "hermanos" de la decisión de Caín. Pienso, en ese sentido, que "el prisionero" es el juez de su pueblo y porque éste ha sido condenado por la causa del hambre, el pueblo se hace culpable de homicidio. La desaparición del inocente es el requisito para que la masa de "conciencias felices" desenmascare el bestiario de sus pérfidas ilusiones.

El despertar de la culpa es lo que no permite que el muerto se transforme en mito. cosa tan frecuente en los modernos movimientos "revolucionarios" de tierras latinoamericanas. No se nos concederá otra posibilidad, para mejorar la suerte de los que sufren hambre. que el "gritar con violencia el dolor de la injusticia", lo cual distancia al prisionero de ese pueblo engañado. Por esto, es, para sí, ese aullido de oscuridad: "¿No sé de quién soy cadáver!". Sólo mediante su muerte, convierte al verdugo de sucio asesino en portador de esperanza. Así termina la obra.

Este mensaje nos ha llegado a través de no pocos aciertos escenográficos. No nos llega ya "hecho", los actores "no saben" lo que va a ocurrir con "el prisionero", viven un momento histórico que los lleva al crimen. No nos han recitado un papel admonitor. Descubrimos, con ellos, lo que es Destino oscuro, enigma del mal. Nos damos cuenta que a todos nos incomodan esos "predicadores de la inocencia", porque, si llegásemos a unirnos con ellos, tendríamos que pasar hambre de justicia, cosa a la verdad, en franca contradicción con el instinto de conservación.

Con respecto a posibles deficiencias, se me ha ocurrido las siguientes. La parte instrumental es un simple acompañamiento y no un actor. Me parece que se le podría haber asignado una parte del mensaje y darle así más relevancia. Falta, para mi gusto, el papel simbólico de algún objeto que pueda facilitar la proyección del sentido de "El Prisionero". Tampoco, me parece, que ha quedado suficientemente estructurado el "movimiento" de los actores en el escenario: no es suficientemente expresivo de lo que está acaeciendo. Finalmente, el coro necesita voces de más años, de personas que ya hayan dejado la juventud. Habría que seleccionar de entre los profesores de la UCA quienes contribuirían a dar más pesadez al coro.

Por lo demás, la obra no podía llevarse a cabo con más perfección. Los jóvenes implicados en ella me hablan "del inconsciente" artístico salvadoreño, una buena promesa para pasos más definitivos en la carrera humanista de la expresión escénica. Para Eddy y para Leonel, para los cooperadores "anónimos", para el coro, mis mejores felicitaciones.